

## Las manos de Jeanne-Marie

[Poema - Texto completo.]

Arthur Rimbaud

---

Jeanne-Marie tiene las manos fuertes,  
manos oscuras que ha curtido el sol,  
pálidas manos, como manos muertas.  
—¿De Juana estas manos son?

¿Han absorbido morenas pomadas  
por el mar de la voluptuosidad?  
¿han ido a templarse en la luz de luna  
que llena el estanque de paz?

¿No habrán ido a beber bárbaros cielos,  
serenas sobre rodillas galantes?  
o ¿no habrán enrollado enormes puros  
o traficado con diamantes?

¿No habrán marchitado pétalos de oro  
a los pies ardientes de las Madonas?  
Pero, en su palma brota y duerme, negra,  
la sangre de la belladona.

¿Manos cazadoras de negros dípteros  
que se van, libando los azulones  
de las mañanas hacia los nectarios,  
y que mezclan negras pociones?

¿Qué Sueño loco las habrá llevado  
en insólitas pendiculaciones?  
Un extravagante sueño de Asias  
de Kengavares y Siones.

Estas manos no han vendido naranjas  
ni se han bronceado al pie de los dioses:  
estas manos no han lavado pañales  
de niños ciegos y tripones.

No son manos de prima , ni de obreras  
de frentes abombadas y que abrasa,  
un sol ebrio de oscuros alquitranes,  
por bosques que apestan a fábrica.

Son manos que desloman espinazos,  
pero que nunca han hecho el menor daño;  
fatales, con fatalidad de máquinas,  
pero fuertes como un caballo.

Se agitan como si fueran hogueras,  
y al sacudirse sus fríos temblores  
sus carnes van cantando Marsellesas:  
¡nunca canta Kirieleisones!

Os pueden romper el cuello, mujeres  
indignas, y triturar vuestras manos,  
nobles mujeres, sucias de carmín  
y de polvos —manos de fango.

¡Vuelve tontos de amor a los borregos  
el brillo de estas manos que enamoran!  
Y el sol, en su esplendor, siembra un rubí  
por su falange apetitosa.

Lunares y manchas de muchedumbre  
las broncean, como pechos de antaño:  
¡El dorso de estas Manos es la plaza  
que todo Rebelde ha besado!

¡Se han vuelto pálidas, con encanto,  
a pleno sol, cuando de amor rebosa,  
por el París en rebeldía, junto  
al bronce de ametralladoras,

¡Pero, a veces, oh sacrosantas manos  
en tus puños, Manos en las que tiemblan  
nuestros labios nunca desembriagados,  
grita el fulgor de una cadena!

Y en nuestro ser un sobresalto extraño  
irrumpe, cuando quieren, Manos de ángel,

arrancaros la carga que os arrastra,  
hasta que brota vuestra sangre.